

365 CUENTOS DE CIENTÍFICAS DE OWSD

Volumen II





365 CUENTOS DE CIENTÍFICAS DE OWSD

Volumen II





BIOCHEMICAL
SOCIETY



Guatemala, octubre 2025

ISBN 978-99939-2-474-6

Licencia CC BY-NC-SA 4.0 (Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional), que asegura que se dé crédito a las creadoras, se permita el uso no comercial de la obra y se compartan adaptaciones bajo los mismos términos.

Taller de escritura creativa dirigido por:

Andrea Aguilar
Rocío De Abril
Beatriz Herrera
Antonieta Arrecis
Claudia Chincilla
Diana Benavides
Rocío Silva

Equipo de trabajo en la publicación:

Gabriela Paniagua
Krista Aguilar
Rocío Silva
Rocío de Abril
Susana Arrechea

Ilustraciones de portada, contraportada y contenido proveídas por Free STEM FUND, proyecto con New Sun Road.

Agradecemos a OWSD capítulo Honduras por su participación y apoyo a este proyecto.

Ilustración de cuento La Hoja en Blanco desarrollada por
Jenn Tercero (Morena)

Ilustraciones de cuentos generadas por AI:

Artlist
ChatGPT
Gemini
Microsoft Designer
OpenArt



Volumen II

CONTENIDO

- 04 Nuestra historia
- 05 Alejandra Cabrera
- 08 Ana Mercedes López Quin
- 12 Carmen Lucía Barrios Gúzman
- 15 Dariana Isamel Avila Velasquez
- 18 Elisandra Hernández Hernández
- 21 Emma Sarahi Navarro Roque
- 24 Iris Ruth Baten Rojas
- 27 Ivonne Liere
- 30 Krista Aguilar
- 33 Lylian Toledo
- 36 MAlíCa
- 39 Malvina de León Méndez
- 42 Mayling Paulita del Rosario Orozco Méndez
- 44 Melissa Montenegro
- 47 Mery Albertina Martin Cojti
- 50 Victoria Lorena Moraga Conde
- 53 Wendy Paola Piura Castellanos



NUESTRA HISTORIA

¡Hola de nuevo!

Si estás leyendo estas páginas, significa que nuestra aventura continúa. Este es el segundo volumen de Científicas OWSD y nace del mismo sueño que nos inspiró al principio: compartir nuestras historias para demostrar que la ciencia también es nuestro lugar.

Esta vez, el proyecto fue liderado y construido principalmente por Gabriela Paniagua con el apoyo de Krista Aguilar, Rocío Silva, Rocío de Abril y Susana Arrechea, mujeres científicas comprometidas, creativas y profundamente convencidas del poder transformador de la palabra y del conocimiento. Gracias a ellas, hoy sumamos más voces, más historias y más inspiración a este viaje colectivo.

Cada página es una ventana a la vida de una científica que ha decidido contar su camino con autenticidad y valentía. Algunas descubrieron su vocación desde pequeñas; otras se toparon con la ciencia por sorpresa, pero todas comparten una pasión: entender el mundo y transformarlo para mejorarlo.

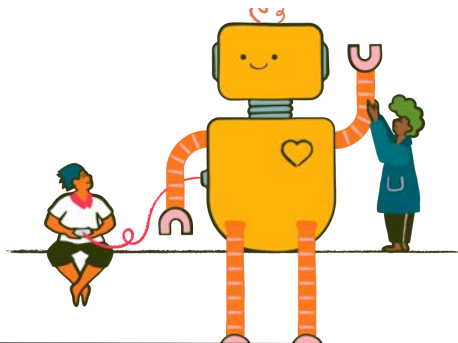
Detrás de estas historias hay horas de talleres, conversaciones y sueños compartidos. Hay comunidad. Porque en OWSD sabemos que la ciencia florece cuando se cultiva en compañía, cuando se abre espacio para que más niñas, adolescentes y mujeres se imaginen como protagonistas de su propio camino científico.

Este libro es parte de nuestro compromiso por llegar a las 365 historias: una para cada día del año. Queremos que cada niña tenga la oportunidad de leer una historia en la que se reconozca, que encuentre referentes que le digan: tú también puedes.

Gracias por acompañarnos una vez más. Que estas páginas te inspiren, te reten y te hagan soñar. Porque juntas y juntos, en la ciencia y en la vida, seguimos rompiendo barreras.

Con cariño,

Equipo de trabajo



Autora: Alejandra Cabrera
Guatemala



LA HOJA EN BLANCO

Me enfrenté a ella en 1992. Aún no estaba segura de qué hacer con aquel objeto delgado. Lo dibujé, rompí y garabateé un poco. Creo que empecé a tomarle conciencia en una clase de arte, con crayones pastel.

Luego tomé cuadernos repetidamente, y fue entonces cuando comencé a coleccionarlos, de todos los tamaños, con hojas en blanco llenas de tinta. Fue ahí cuando las ideas aparecieron y jugué con ellas, malabareando palabras torpemente. De vez en cuando, las ideas empezaban a tener sentido.

Pelotas de letras empezaron a llenar hojas en blanco. El estudio formal fue una herramienta, como una piocha le sirve a la familia agricultora. Lo que me dio la libertad, el amor y la trascendencia fue escribir mis momentos felices en hojas de papel, a veces blancas y otras, de colores. Las experiencias de vida, junto con la educación, me han llevado a sentir y escribir otros mundos posibles, fuera del concreto. De ahí han salido mis ideas más hermosas.

Llenar la hoja en blanco de un cuaderno, o un espacio virtual, sigue siendo mi acto personal y político (a veces en lo privado y otras en lo público). Me libera y ha liberado a otros seres humanos y no humanos.

La hoja en blanco la creamos nosotras: puede ser lo que queramos que sea. Y en el oficio de escribir en las ciencias sociales faltan aún muchos momentos propios por contar. Las historias son formas de inmortalizar el espacio y el tiempo, las experiencias de vida, los caminos recorridos y las reflexiones con otras personas.

Por eso las seguimos escogiendo: porque de ellas florece vida y se construye esperanza. Escribir la historia es recordar cada paso para construir la vida colectiva en la que quieras crecer. Sigue escribiendo y dibujando en la hoja en blanco, porque ahí encontrarás respuestas a las preguntas que te haces.



Ilustración: Jenn Tercero (Morena).

Autora: Ana Mercedes López Quin Guatemala



LA INFANCIA Y EL DESEO

Había una vez, en un barrio lleno de cuestras y casitas pegadas como abrazos, una niña que amaba mirar al cielo. Pero no solo al cielo: también amaba los libros. Esa niña se llamaba Mercedes.

Mercedes no era distinta por tener cosas raras. Era distinta porque escuchaba lo que otros no: el susurro del viento, los pasos suaves de su abuela, el tambor de las marchas y hasta el crujir de la tierra cuando tenía hambre.

Vivía en una colonia donde muchos veían miedo, pero ella veía aprendizaje. Estudiaba en una escuelita pública de pupitres fríos y paredes que hablaban. Su mamá le había enseñado que el arte no era adorno, sino una forma de respirar. Por eso, mientras otros jugaban fútbol, Mercedes pintaba con crayones gastados o bailaba en el patio de cemento.

Un día, en una excursión, entró al Congreso. El lugar era enorme, con sillas grandes y techos altísimos.

Allí, observando a la gente hablar y proponer, sintió un latido fuerte en el pecho. “Yo quiero hacer eso”, pensó. Y no lo olvidó jamás.

Su abuela era fuerte como los volcanes. Fue la primera lideresa que conoció. Gracias a ella, la colonia tuvo agua, luz, drenajes y dignidad. “Si mi abuela pudo, ¿por qué yo no?”, pensaba Mercedes.

Creció como los árboles de la montaña: a veces bajo el sol, a veces bajo la tormenta. Su cuerpo cambió, pero sus sueños crecieron con ella. Estudió arte con todo el corazón: ballet, danza contemporánea, música, pintura. Sus pies hablaban el lenguaje secreto del movimiento. También estudió política. Aprendió que hay cuerpos que gritan sin palabras y palabras que bailan en los libros.

Un día, el corazón le puso un reto: tenía que elegir. ¿Seguir por la política o por la danza? Pensó y pensó, y decidió seguir al cuerpo, porque el cuerpo también tiene reloj. “Hablar se puede siempre, bailar no tanto”, se dijo.

Bailó. Enseñó. A niñas con zapatillas rotas y sueños intactos. Descubrió que con el cuerpo también se enseña justicia. Vio que no todas las niñas podían soñar igual, y eso le dolió. Así empezó a marchar, a leer más, a levantar la voz.

Pero algo dentro de ella pedía más. Sabía que el arte sanaba, pero no siempre cambiaba leyes. Así que volvió a los libros. Esta vez, para estudiar Derecho. Cada página era una llave. Cada clase, una puerta. Ya no solo quería sentir el mundo: quería transformarlo.

Entró al mundo político con ilusión. Aprendió que no todos los caminos son rectos. Cayó, pero también voló. Bailaba y hablaba. Enseñaba, escribía, soñaba. El arte le dio alas. El Derecho, raíces.

Ya no era solo la niña frente al Congreso. Era alguien que ayudaba a otras niñas a soñar: científicas, abogadas, artistas. A todas les decía: “No importa de dónde vienes, sino hacia dónde caminas, con amor, con fuerza y con ganas de cambiar el mundo”.

Y ese fue el fuego que encendió su historia. Un fuego que, hasta hoy, nunca se ha apagado.



Autora: Carmen Lucía Barrios Gúzman
Guatemala



LU Y LA VOZ DEL OCÉANO

Todo transcurre en el océano abierto. Es la historia de Lu, una niña de ciudad que deseaba mucho vivir en el mar. Una mañana, Lu sale en un bote a disfrutar del mar con su abuelo; están disfrutando de un hermoso amanecer, de los primeros rayos de sol reflejándose en el agua. Para sorpresa de Lu y su abuelo, ese momento de calma se ve interrumpido por un soplo: es Nina, una ballena que salió a la superficie para respirar.

Lu queda maravillada al ver lo hermosa y grande que es Nina; se arrodilla en el bote para intentar estar más cerca de ella. Lu comienza a hablar con la ballena y le cuenta que desea mucho vivir en el mar, porque la pone triste ver todo lo que está ocurriendo allí (contaminación de residuos, basura, muerte de animales marinos provocada por artes de pesca, calentamiento global, etc.). Pero Lu sabe que, aunque desee mucho vivir en el mar, no podría, porque es humana y no está adaptada para vivir en un lugar así.

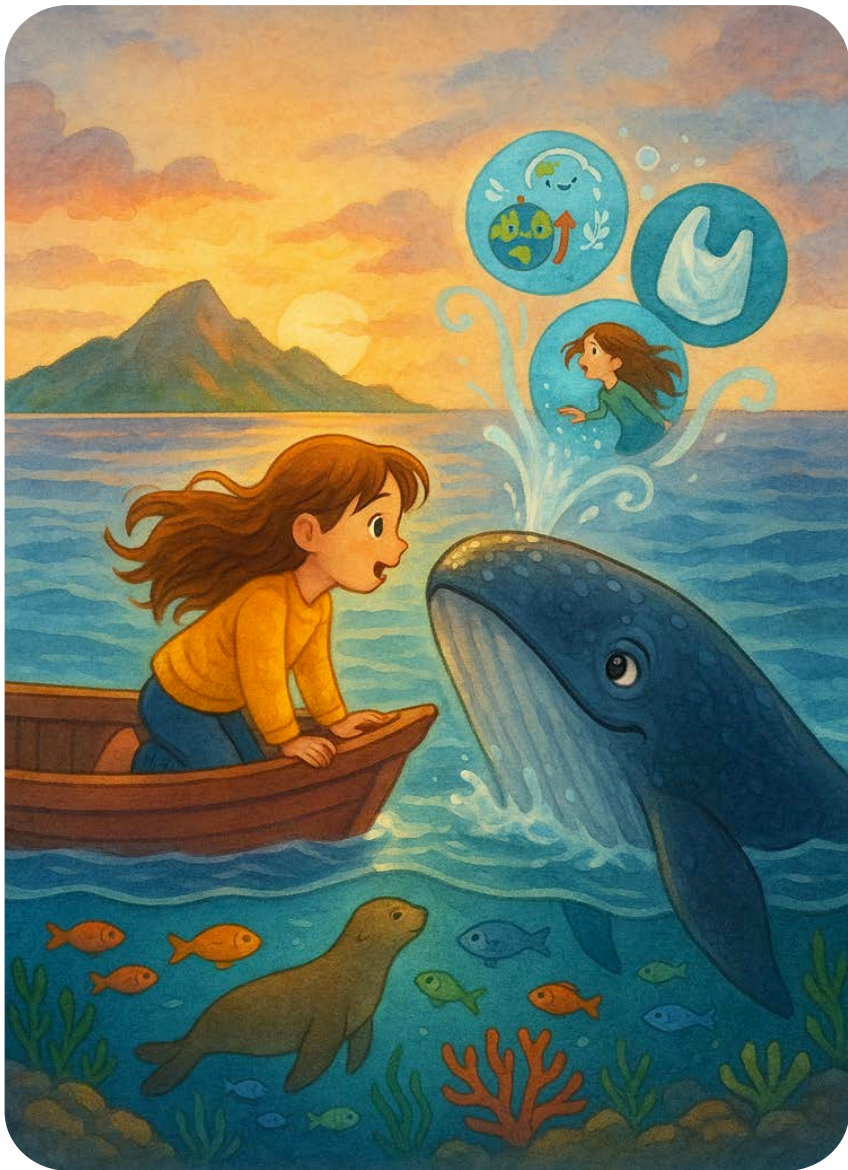
Nina le agradece lo preocupada que está por el bienestar del océano y de los animales que viven allí, pero le dice que la necesitan más en tierra, para que Lu pueda ser la voz de todos los animales marinos y del ecosistema ante los tomadores de decisiones.

Nina confía en que Lu pueda estudiar lo que está pasando y proponer soluciones para una mejor conservación y protección de los océanos y la biodiversidad. A cambio, le ofrece que, de vez en cuando, Lu podrá visitarla, y Nina le dará un superpoder: cubrirse con un traje transparente que le permitirá respirar bajo el agua y así podrá llevarla sobre su lomo a recorrer el mar y apreciar lo hermoso que es allí abajo.

Lu acepta muy emocionada y queda muy feliz de haber conversado con Nina. Queda convencida de que, desde ese día, ella será la voz de la biodiversidad marina y luchará por su protección y conservación. Así que le dice a su abuelo que vuelvan a tierra, porque tiene una misión muy importante en la que debe ponerse a trabajar.

Desde ese día, Lu regresó a tierra con un propósito claro: estudiar las ciencias del mar y contribuir a su conservación. Descubrió que, aunque no podía habitar el océano como soñaba, tenía una misión aún más importante: protegerlo.

Moraleja: todos somos parte del equilibrio del planeta; descubrir nuestro rol es el comienzo de un verdadero cambio.



Autora: Dariana Isamel Avila Velasquez
Honduras



DESDE LOS ORÍGENES: EL SABER VIVIR

Tengo un lunar rojo que cubre mi brazo, como si hubieran dibujado en mi piel un mapa secreto. Nunca supe si llevaba un destino escrito, pero desde pequeña sentí que algo me unía profundamente a la montaña.

Mi refugio era un roble inmenso, en el patio de casa, con una sombra generosa. Me sentaba bajo él cada tarde, con la mirada perdida en la montaña de Montecillos. Observaba las rocas altas, las nubes que pasaban, las aves que surcaban el cielo. Me preguntaba cosas que nadie podía contestar y solo crecía más mi ansia de saber: ¿por qué las montañas tienen diferentes formas?, ¿por qué se formaban las nubes?, ¿por qué el sol se esconde si siempre está ahí?, ¿qué hay más allá de las estrellas?

Desde entonces, viajaba. A veces dormida, a veces despierta, bajo el cielo estrellado exploraba mundos invisibles, portales y secretos escondidos detrás de las montañas.

Cuando caminaba hacia el colegio, cruzando el río, estudiaba ciencias naturales y soñaba con explorar el mundo. Aprendí sobre científicas que estudiaron la Tierra... y, un día, lo supe: quería investigar mi propia montaña.

Con poco dinero y muchos sueños, mis padres me acompañaron hasta la universidad, a siete horas de distancia de mi montaña. Allí descubrí que podía mirar Montecillos desde el cielo, gracias a los satélites y a los sistemas de información geográfica.

Ahora viajo como las aves migratorias. Parto cada año a otros continentes para aprender, pero siempre vuelvo: a mi roble, a mis senderos, a la montaña que es mi hogar y mi amiga.

Estudio su ecosistema, su clima, sus fósiles. A veces cierro los ojos y siento que sigo siendo la niña que soñaba bajo el roble, apreciando mi montaña. Pero ahora también soy científica. Y, si un día llego al espacio, sé que veré a Montecillos desde las estrellas.

Puedes acompañar este cuento con la canción:
<https://youtu.be/T5IZcno3g5U?si=DEox9oeHLzJrhx9->



Autora: Elisandra Hernández Hernández
Guatemala



LUNA Y EL MUD-MONSTER

En lo más profundo de un reino submarino, con castillos medievales, corales y árboles marinos gigantes, vivía Luna, una niña que amaba la naturaleza. Luna llevaba pulseras tejidas con conchas y adornaba su largo cabello con pequeñas estrellas de mar. Desde muy pequeña soñaba con convertirse en científica ambiental. Reunía tubos de ensayo de colores y matraces con líquidos brillantes que encontraba en el fondo del mar, mientras exploraba cuevas y arrecifes, buscando entender los secretos del agua y de los sedimentos para, algún día, proteger los ríos y los lagos.

Pero en las sombras del océano habitaba el Mud-Monster, una criatura enorme y retorcida hecha de lodo. Cada vez que Luna trabajaba en su laboratorio improvisado entre rocas y corales, el monstruo emergía con voz grave: “Nunca serás suficiente... No lograrás convertirte en científica”. Esas palabras dolían más que las espinas de un erizo de mar, haciéndola dudar de sí misma; sus sueños se esfumaban como burbujas.

Un atardecer, viendo cómo los rayos de sol iluminaban el agua azul, Luna recordó por qué amaba tanto lo que hacía: cada matraz y frasco de su colección representaba una promesa de proteger la vida marina y conservar la pureza del mar.

Un día decidió enfrentar al monstruo. Preparó una poción con el agua más cristalina del arrecife y se la lanzó al Mud-Monster. Vio cómo el lodo se disolvía lentamente y, junto a él, desaparecían sus miedos. Comprendió que esos temores solo tenían poder si ella los escuchaba.

Desde entonces, Luna confió en sí misma. Siguió investigando y experimentando, y, con el tiempo, se convirtió en científica ambiental. Analizaba el aire entre las torres, el agua que acariciaba los árboles marinos y el suelo que sostenía los castillos. Así, Luna cumplió su mayor sueño: proteger su mundo mágico azul.



Autora: Emma Sarahi Navarro Roque
Honduras



COLEGUITA20: UNA NIÑA EXTRAORDINARIA EN LATINOAMÉRICA (LATAM)

En un rincón colorido de Minas de Oro, Comayagua, Honduras, donde los pinos bailan con el viento y los pájaros despiertan con el sol y el cielo se embellece con el resplandor de las estrellas, vivía una niña extraordinaria.

Muchos conocen su nombre, pero hay quienes, a nivel de Latinoamérica (LATAM), le dicen coleguita20. Su piel es de un tono como el café con leche, rizos negros como la noche, cachetes salpicados de pequitas, y su sonrisa refleja su bondad.

Es chaparrita, ni muy delgada ni muy gordita, valiente, curiosa, carismática, por ratos enojona, pero muy inteligente y emprendedora.

Coleguita20, durante su infancia, jugó rayuela, escondite, landa congelada, saltó la cuerda, imaginó ser maestra, doctora, empresaria y hasta se creyó Power Ranger. Coleguita20 también recorrió largos caminos de tierra bajo el sol para llegar a la escuela. Además, creció rodeada de vacas, gallinas, jolotes y gansos que la correteaban, peces saltarines, cerdos juguetones y árboles de frutas que ella misma cosechaba para vender en el recreo.

Disfrutaba pasear a caballo con su papá y le gustaba ir a los cafetales y a las lagunas con su mamá.

En su momento, tuvo que dejar su casa para ir a la ciudad a estudiar.

Fue en una navidad que recibió la bendición de ingresar a la mejor universidad agrícola de LATAM, donde hizo buenos amigos, se río hasta que le doliera la panza y se convirtió en algo maravilloso a lo que nunca jugó: una científica en ciencias agrícolas que estudia las plantas, los animales, los suelos y los insectos. Ahora trabaja y disfruta ayudar a que más niñas, mujeres y jóvenes puedan descubrir lo geniales que son y lo lejos que pueden llegar.

Hoy, con 25 años, Coleguita20 abraza con orgullo lo que es y lo que hace. Le llena el corazón volver a casa y abrazar a su mamá y a su papá, quienes le enseñaron a cultivar la tierra, a amar sus raíces y soñar en grande.

Aún le falta mucho por recorrer, pero tiene muchas ganas de aprender y compartir, especialmente con otros de LATAM, lo que hace junto a su familia en la Finca Agroturística Villa Estela. Esta niña extraordinaria sí logró ser profesional y empresaria y entendió que ser del campo no es algo de lo que hay que avergonzarse; al contrario, es una experiencia que todos deberían vivir alguna vez.

Coleguita20

La niña
extraordinaria
de LATAM



Autora: Iris Ruth Baten Rojas
Guatemala



IRIS, LA NIÑA MAYA PERDIDA EN LA GRAN CIUDAD

En un pueblo mágico, lejos de la Gran Ciudad, vivía Iris, una niña alegre, inteligente y curiosa. Todas las mañanas veía el sol sobre las montañas y el hielo blanco sobre los campos. Iris vivía en una casa entre ríos y valles; tenía una pequeña granja, y todos los animales eran sus amigos.

Cada mañana, antes de ver el sol y sentir el aroma del café de su abuela, Iris se preguntaba: ¿qué había después de las montañas?, ¿cómo sus abuelos podían guiarse por las estrellas?, ¿cómo su mamá curaba las enfermedades con las plantas de su jardín? Y, sobre todo, ¿cuál era el origen de todo? Su abuela le decía que las respuestas estaban dentro de ella.

A Iris no le gustaba ir a la escuela, pero un día sus padres le dijeron que estudiaría en una escuela mágica, lejos de su pueblo. Los ojos de Iris se llenaron de ilusiones. Con siete años emprendió su viaje a la Gran Ciudad.

Al inicio, Iris no fue feliz: extrañaba a sus amigos y a su pueblo mágico. Además, no tenía amigos porque no podía hablar español: ella hablaba el idioma de los mayas y vestía su indumentaria llena de historia.

Iris se sentía perdida en la Gran Ciudad. Una maestra fue su luz para creer en ella misma y, así, aprendió a comunicarse y se convirtió en la más inteligente de su salón. Estudiaba y leía después de la escuela. Con el paso de los años, conoció a una persona de un país muy lejano que le habló sobre la química. Desde ese día, el sueño de Iris fue convertirse en una ingeniera química maya. Tuvo que estudiar mucho para buscar las respuestas que se hacía de niña.

Iris logró su sueño de ser una ingeniera química maya. Trabaja en el mundo de la química de los colores y, a pesar de que no le gustaba ir a la escuela, sigue estudiando una maestría en Gestión de Proyectos y continúa su caminar para encontrar más respuestas a sus nuevas preguntas. Pero esa es otra historia...



Autora: Ivonne Liere
Guatemala



TRES CHISPITAS DE CIENCIA

Don Chispa y Doña Chispa, una pareja amorosa y soñadora, tuvieron tres niñas fantásticas: la Chinita, la Colochita y la Canchita.

Doña Chispa era una mujer fuerte, ordenada y muy valiente. Siempre animaba a sus hijas a hablar con seguridad y a seguir sus sueños. Don Chispa, un hombre curioso y amante de la naturaleza, les enseñaba a observar el mundo con atención y a hacerse preguntas.

La combinación de ambos sembró en las tres hermanas la sed de aprender y la determinación de crecer como personas que brillan con fuerza. Curiosamente, cada una tomó su propio camino.

La Chinita, la mayor y amante de los libros, se hacía preguntas como:
—¿Por qué el clima está cambiando tanto? ¿Cómo podemos adaptarnos? ¿Cómo puedo ayudar a las comunidades?

Así fue como se dedicó a fortalecer los cultivos para que las personas siguieran sembrando y alimentándose, sin importar los cambios del clima.

La Colochita, una niña muy astuta, se preguntaba:
—¿Y si pudiéramos obtener energía del viento? ¿Cómo podemos aprovechar nuestros recursos naturales? ¿Qué podemos hacer para brindar energía a las comunidades?

Ella se dedicó a la energía generada por el viento, que surge cuando los molinos giran para crear electricidad y cuidar mejor el planeta.

Por último, la Canchita, llena de energía y preguntas, se decía:

—¿Cómo pueden las personas y las empresas cuidar más el planeta? ¿Qué hacemos para lastimar menos la naturaleza? ¿Cómo cambiamos nuestros malos hábitos?

Así decidió ayudar a las empresas a usar mejor sus recursos, reducir sus desechos y cuidar nuestro hogar común: la Tierra.

Con el tiempo, las tres hermanas se dieron cuenta de que, aunque sus caminos parecían distintos, en realidad caminaban juntas. Juntas estaban cuidando el planeta, ayudando a las personas y demostrando que, cuando las ideas se suman, el cambio es más grande.



Autora: Krista Aguilar
Guatemala



LA NIÑA QUE APRENDIÓ A NOMBRAR LAS ESTRELLAS

Cuando era pequeña, vivía en una casita de madera, en mitad de las montañas de mi Guatemala. Las noches eran frías y claras, y el cielo se llenaba de estrellas como si alguien hubiera esparcido polvo de luz sobre el mundo.

En las noches sin luna me gustaba sentarme afuera, envuelta en mi manta, a mirar hacia arriba en silencio.

En el corazón de esas montañas, en medio del bosque, vivía un hombrecito de expresión severa en el rostro y ojos como brasas encendidas. Tenía un farolito mágico con el que señalaba las estrellas y decía sus nombres en voz baja, como si las acariciara con palabras.

—Esa se llama Sirio —decía—, y esa otra es Bellatrix. Y aquella, la que parpadea de muchos colores, como si riera, lleva dentro un secreto.

Él conocía los secretos del cielo y de la tierra. Me contaba historias sobre cómo las estrellas nacían y por qué el viento cantaba entre los árboles. Me enseñó a caminar por el bosque de noche, sin miedo; a escuchar el crujido de las hojas, a saludar a los búhos y a entender el lenguaje de las serpientes. Sus historias eran mágicas.

Y yo, que tenía el corazón lleno de preguntas, soñaba con ser tan sabia como él.

El tiempo pasó y la niña que miraba las estrellas creció, y la magia comenzó a tener otra cara, otros nombres... comenzó a desaparecer. Ahora se llamaba química, se llamaba física, se transformaba en matemática. La niña ya no preguntaba solo al hombrecito; ahora buscaba las respuestas en libros, en el cielo, en la lluvia y el viento, en los números y en las palabras de otros hombres y mujeres.

Con el pasar de los años descubrí que la magia no se había ido; solo había cambiado de forma. Vivía en las fórmulas, en los experimentos, en el modo en que la luz se dobla, en el calor del sol, en el latido de la Tierra.

Ahora soy yo quien camina por los bosques, con una linterna en la mano y muchas historias en el corazón. Miro las estrellas, hago preguntas y sigo buscando respuestas.

Y el hombrecito... aún está allí, entre los árboles de las mismas montañas. A veces, bajo las mismas estrellas de siempre, vuelve a contarme historias con su voz suave y su luz mágica. Pero ahora yo también le cuento las mías. Le hablo de moléculas y galaxias, de vientos que viajan por el mundo y de la lluvia que nace en el cielo.

Aquel hombrecito es mi padre. Y fue él quien me enseñó lo más valioso de este mundo: que puedo hacer preguntas, que puedo buscar respuestas y que el conocimiento no tiene límites.



Autora: Lylian Toledo
Guatemala



LA NIÑA QUE HABLABA CON LOS BOSQUES

Había una vez una niña llamada Lyli que vivía en una casa llena de historias. En cada rincón había algo mágico: cántaros de agua que parecían cantar con el viento, jarras de cerámica con secretos antiguos, esculturas que la saludaban por las mañanas y libros que la llevaban de viaje sin moverse del sillón. Sus favoritos eran *El Principito* y *Don Quijote de la Mancha*, aunque a veces no sabía si estaba leyendo o soñando.

Pero Lyli no solo tenía amigos de papel. Tenía un amigo muy especial que vivía cerca del parque. Se llamaba Miguel, y juntos construían castillos de hojas, buscaban tesoros invisibles y hacían excavaciones en la tierra como verdaderos exploradores.

—Cuando sea grande, seré arqueólogo —decía Miguel, con una rama como espada.

—Y yo voy a proteger los bosques y a todos los animalitos —respondía Lyli, abrazando un árbol.

Su lugar favorito era el bosque de Tikal. Su papá la llevaba a menudo, y ella corría entre los árboles altísimos, hablaba con los tucanes y escuchaba los secretos que los monos le contaban desde las ramas.

—¿Sabes, papi? Este bosque me dice cosas. Me cuenta historias antiguas —le decía ella, mientras miraba al cielo entre las hojas.

Su papá sonreía. Él también sabía contar cuentos mágicos. A veces le hablaba de amigos suyos que eran sabios: don Carlos, don Jorge, don Luis... Todos sabían mucho sobre la historia de su país y se lo contaban como si fueran aventuras de un gran libro sin final.

Lyli creció entre cuentos, árboles, amigos reales y amigos que vivían en su imaginación. Y, aunque a veces no sabía si lo que vivía era verdad o fantasía, no le importaba. Porque en su corazón todo era parte de una misma historia: la historia de una niña que soñaba con una Guatemala llena de paz, de magia y de libertad.



Autora: MAlíCa
Honduras



IRAM Y EL SECRETO DEL TIEMPO LIBRE

El sol de Ciudad Vacaciones llenaba el cuarto de Iram, invitándola a salir y explorar. ¡Y vaya que había para explorar! Parques de juegos, calles amplias, museos llenos de secretos... Pero Iram, con semanas enteras por delante, se quedó inmóvil, sin saber por dónde empezar su aventura.

El Gran Tiempo Libre, un gigante hecho de engranajes y hojas de calendario que crujían, presumía por Ciudad Vacaciones. Cada tic-tac de sus relojes resonaba en la mente de Iram, haciéndola sentir tan chiquitita como una hormiga.

De pronto, Lápiz y Papel se iluminaron.

—¡Iram! —dijeron en un susurro apremiante—. Sabemos cómo vencer al Gran Tiempo Libre.

—¿En serio? —preguntó Iram, inclinándose hacia ellos—. ¿Cómo?

Lápiz se adelantó: —¿Has oído hablar de Don Horario?

Iram negó con la cabeza.

—¿Quién es?

Papel saltó: —¡Es genial! Tiene un reloj que divide...

—El tiempo en momentos divertidos. ¡Con él, el Gran Tiempo Libre es pan comido!

—¿De verdad? —preguntó Iram, dudando.

—¡Claro que sí! —exclamaron Lápiz y Papel con una sola voz—. ¡Y te vamos a contar el secreto de Don Horario para conquistar al Gran Tiempo Libre!

Papel, emocionado, dijo: —¡Primero hay que dividirlo en pedacitos!

—¿En pedacitos? —preguntó Iram, con ojos brillantes.

—¡Sí! —dijo Papel—. ¡En semanas, días y horas! ¡Así de fácil!

—¡Fabuloso! —gritó Iram, saltando de alegría.

El Lápiz zumbó como un zancudo:

—¡Es hora de jugar al juego de qué me gusta más!

Iram arrugó la frente, pensando intensamente.

—A ver... —y de repente, con una sonrisa de oreja a oreja, dijo—: ¡Jugar al restaurante, leer libros de aventuras, pintar animales fantásticos, ir en bici al parque, comer sándwiches de jamón y queso y dormir la siesta abrazada a mi peluche favorito!

—¡Problema resuelto! —gritaron Lápiz y Papel, chocando sus puntas.

—¡Ahora, a jugar al rompecabezas del tiempo! Tienes que decidir: ¿en qué semanas, días y horas de Ciudad Vacaciones quieres encajar cada una de tus actividades favoritas? ¡Y luego, a dibujarlas en tu horario!

Iram, con una risa luminosa, se puso manos a la obra. ¡Su horario se transformó en una fiesta de colores, con dibujos de bicicletas voladoras y libros con alas! Y, con el Gran Tiempo Libre convertido en un cachorrito juguetero, Iram se lanzó a explorar Ciudad Vacaciones, ¡con su horario como su superpoder!

Y así, Iram descubrió que el tiempo libre no era un gigante aterrador, sino un amigo al que podía llenar de aventuras y risas.



Autora: Malvina de León Méndez
Guatemala



UNA NIÑA QUE QUIERE SER DENTISTA

Había una vez una niña llamada María que tenía cinco años y una sonrisa brillante. A María le encantaba reír y hacer sonreír a los demás, pero también le preocupaban los dientes de su hermanita y de sus primas. Siempre estaba preguntando:

—¿Te lavaste los dientes hoy?

Un día, María fue a la dentista con su mamá. Le encantó la clínica, con todos los aparatos que ella denominó “el barrenador”, “el helicóptero” y la silla reclinable. La dentista era muy amable y le mostró a María cómo revisaba los dientes de las personas y los mantenía sanos.

María estaba fascinada. Decidió que quería ser dentista cuando creciera. Quería ayudar a la gente a tener sonrisas hermosas y saludables.

Cuando María llegó a casa, sacó unos juguetes que podrían servirle para jugar a la dentista, y fue así como comenzó a revisar los dientes de sus muñecos de peluche, de su hermanita y de sus primas.

—¡Abre la boca! —les decía, y luego les colocaba rellenos con envoltorios de color plateado o dorado. También realizaba rellenos con leche en polvo.

María practicaba todos los días y divulgaba la importancia de cepillarse los dientes a diario.

Un día, la mamá de María la llevó a visitar la Facultad de odontología local. María estaba tan emocionada. Vio a los estudiantes de odontología practicando cómo tratar caries y limpiar dientes. Incluso le dejaron probarse una bata de dentista de verdad.

María supo en ese momento que realmente quería ser dentista. Le encantaba la idea de ayudar a las personas a cuidar sus sonrisas.

A medida que María crecía, nunca perdió su pasión por la odontología. Estudió mucho en la escuela y en el instituto, y finalmente fue aceptada en la Facultad de Odontología. Trabajó duro y se convirtió en una dentista maravillosa.



Autora: Mayling Paulita del Rosario Orozco
Méndez
Guatemala



JADE Y EL FIRMAMENTO

—Jade, ¿dónde estás? —se escuchó desde el firmamento.

—Estoy aquí —contestó.

—¿Dónde “aquí”? —replicó.

—En mis pensamientos —contestó.

Jade veía desde la montaña las llanuras de la felicidad y del éxito, pero tenía frío, mucho frío por la nieve, y miedo por las tormentas. A pesar de ello, se sentía segura y seguía pensando y mirando aquellas llanuras maravillosas.

—Jade, Jade, volarás y volverás; perteneces a todas partes —se escuchó nuevamente desde el firmamento, y agregó—: Jade, Jade, sal de tu acantilado, come de mi mano.

Jade pensaba, soñaba y se alimentaba viendo el valle.

—Jade, ¿dónde estás?

—¡Aquí, aquí estoy! —gritó con gran entusiasmo.

—Estoy volando alto por encima del valle —añadió.



Autora: Melissa Montenegro
Guatemala



LUNA STARDUST

Luna era una niña curiosa que vivía con sus padres y hermanos. Desde muy pequeña había sentido una conexión especial con el cielo. Cada noche, Luna salía de su acogedor hogar, se tumbaba en su patio y miraba las estrellas. Había una, más brillante que las demás, que le susurraba algo.

Una noche, después de quedarse dormida, Luna soñó que la estrella la llevaba en un increíble viaje por el espacio. La estrella la guiaba por planetas lejanos y constelaciones deslumbrantes. El viaje fue mágico, pero el momento más sorprendente fue cuando llegaron al Sol. La estrella le dijo:

—¿Ves ese Sol? Es una estrella, pero es más pequeña de lo que piensas. Cada estrella tiene su propia historia, y tú vas a escribir la tuya.

Cuando Luna despertó, miró a su alrededor y dijo:

—¡Quiero ser científica!

Su hermano, burlándose, le dijo:

—¿Cómo crees? Si no hay muchas mujeres científicas...

Luna, llena de determinación, le respondió:

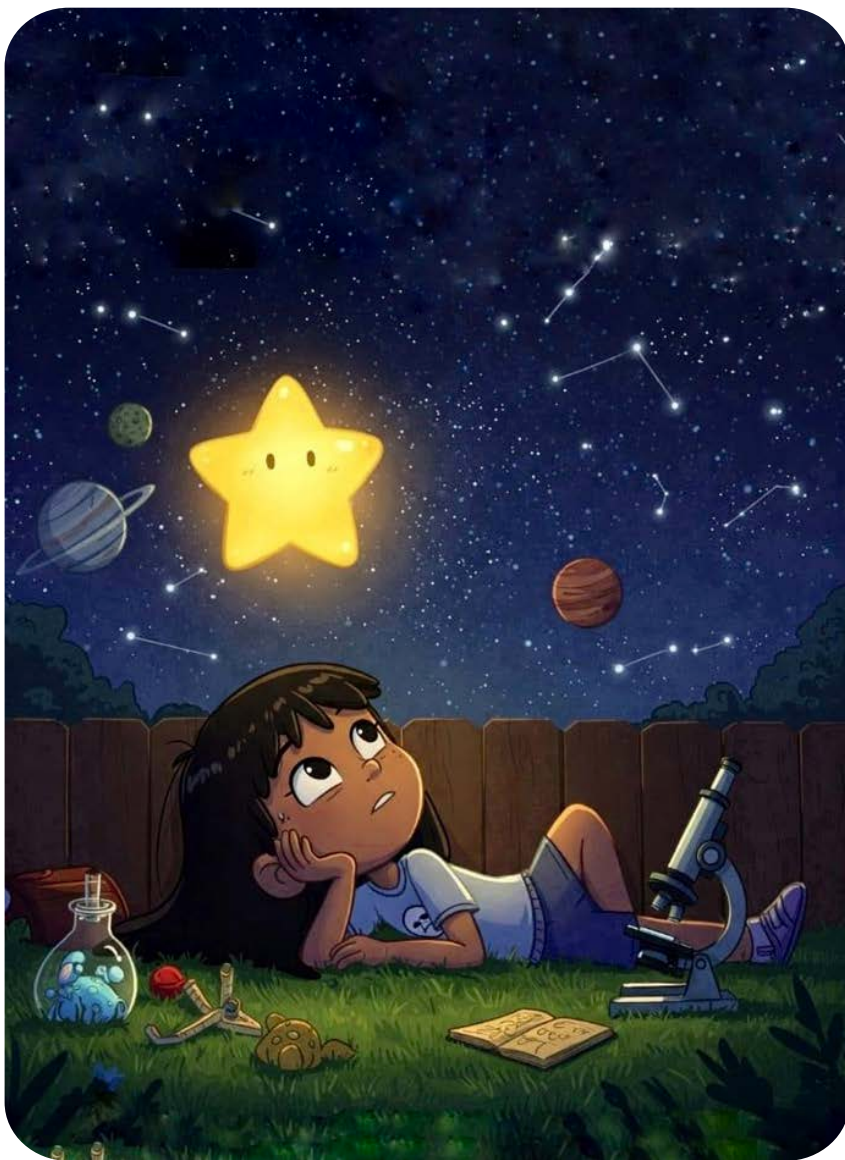
—Es cierto, no hay muchas... pero yo seré una de ellas.

A lo largo de los años, Luna enfrentó muchos desafíos. A menudo se encontraba luchando por superar las dudas y los comentarios de algunos compañeros que no creían que una niña como ella pudiera llegar tan lejos. “Las mujeres no pueden hacer esas cosas”, decían. Pero, en esos momentos, Luna recordaba el susurro de su estrella:

—El camino no siempre es fácil, pero el cielo es tan grande como tus sueños.

Con el paso del tiempo, Luna creció y entró a la universidad para ser química bióloga y enfocarse en los microbios espaciales.

Luna sonrió al mirar al cielo. En su mente escuchó nuevamente la voz de su estrella, pero esta vez entendió que esas palabras no venían de una estrella, sino de su propia fuerza interior.



Autora: Mery Albertina Martin Cojti
Guatemala



ENTRE PÁGINAS Y SUEÑOS DE UNA NIÑA DE UN PEQUEÑO PARAÍSO

En un paraíso pequeño y escondido había una niña llamada Mery. Era muy curiosa y soñadora. En su casa, rodeada de árboles, había muchos libros de diferentes colores y tamaños, pero no podía leerlos y se sentía triste.

Ella estaba emocionada por ir al colegio, pero le costaba aprender a leer. El maestro dividió a los alumnos en tres grupos: “las ardillas”, los que sabían leer; “las mariposas”, los que necesitaban esforzarse; y “las tortugas”, los que no sabían leer. Mery estaba en ese grupo.

Esto hizo que Mery ya no quisiera estudiar. Pero una noche, en su sueño, se le apareció un hada que le enseñó una hermosa biblioteca y le dijo:

—Un día leerás todos estos libros.

Animada, se despertó y, con esfuerzo y dedicación, aprendió a leer.

¡Empezó a leer los libros que estaban en casa! Le encantaban las historias biográficas de personas importantes en la ciencia y de líderes que habían buscado soluciones a problemas comunitarios.

¡Mientras leía, decidió que quería ser científica! Sin embargo, veía ese sueño como imposible, porque en Santa Apolonia, su pequeño paraíso, tristemente las niñas no tenían la oportunidad de estudiar. De nuevo, el hada se le apareció una noche y le dijo:

—Mery, todo lo que sueñas lo puedes lograr; solo cree en ti misma.

Motivada, visitó su sitio preferido: la universidad, donde siguió leyendo más libros para llegar a ser investigadora.

Una noche, una vez más, su hada protectora se le apareció y le dijo:

—Si quieres estudiar lejos de tu país, tienes que estudiar mucho para obtener altas notas en tus cursos y aprender el idioma inglés.

Y ella obedeció.

Por su curiosidad en las ciencias sociales, volvió a estudiar en la universidad. Empezó a investigar para crear soluciones comunitarias.

Ahora ha visitado la ciudad de Chicago para estudiar y ayudar a las niñas de su paraíso escondido, para que alcancen sus sueños, como ella lo hizo.

No importa de dónde vengas: cuando tus sueños son más grandes que tus miedos, llegarás más lejos de lo que imaginas.



Autora: Victoria Lorena Moraga Conde
Guatemala



LA NIÑA QUE HACÍA MUCHAS PREGUNTAS

Desde que era niña me gustaba preguntar. No me conformaba con escuchar una respuesta corta: siempre quería saber más. Esa curiosidad me acompañó cuando crecí y fue la que sembró en mí el deseo de enseñar. Pero convertir ese sueño en realidad no fue fácil.

Cuando estudiaba en la universidad, tenía que trabajar al mismo tiempo y también cumplir con mi hogar. Muchas veces sentí que el tiempo era mi mayor enemigo. Había días en los que llegaba tan cansada que apenas podía abrir mis cuadernos. Recuerdo noches en que el sueño me vencía y la pregunta me golpeaba la mente: ¿valdrá la pena tanto esfuerzo? Ese era mi problema: cómo seguir estudiando sin rendirme.

Tuve momentos de duda, pero también aprendí a organizarme. Descubrí que la disciplina no era una carga, sino una aliada. Dividía mis horas entre el trabajo, la familia y el estudio. No siempre lo logré a la perfección, pero cada pequeño avance me acercaba más a mi meta.

El día en que recibí mi título de licenciada comprendí algo muy importante: no había sido solo un papel, sino la prueba de que podía superar obstáculos. Ese título representaba cada madrugada de estudio, cada página leída con cansancio, cada tarea entregada a tiempo a pesar de las dificultades.

Después vinieron los estudios de posgrado, y cada uno fue un paso más en el mismo camino. Mi sueño creció junto a mí. Hace diez años vi por primera vez el programa de doctorado en la Universidad de Costa Rica y me dije en silencio: “Algún día estudiaré ahí”. Durante años trabajé, aprendí y busqué la oportunidad. Hubo tropiezos, hubo negativas, pero nunca dejé de persistir.

Hoy ese sueño es una realidad: soy estudiante becaria de un doctorado en el extranjero. No fue suerte, fue la suma de preguntas, disciplina y persistencia.

Lo que aprendí en este trayecto es que los sueños no se rinden. A veces parecen muy lejanos, pero cada esfuerzo cuenta. Cada duda que resolvemos, cada página que leemos, cada paso que damos nos acerca a ellos.

Esa es una parte de mi historia, pero aún quedan muchas preguntas por responder. Y estoy convencida de que cada respuesta abrirá un nuevo camino, quizá un nuevo cuento.



Autora: Wendy Paola Piura Castellanos
Honduras



LA NIÑA DE LA QUÍMICA DE LOS ALIMENTOS

Entre los aires de ciprés y los maizales reverdecidos, con los aromas de café tostado y de pan recién hecho, en el mes donde las lunas son las más hermosas del año, nace una pequeña niña con un libro debajo del brazo, muy curiosa, amante de los tulipanes, la alta cocina, los viajes y las artes. Ella corre por el campo donde brota la leche y la miel, siempre con un pensamiento firme: que quiere ser profesional.

Nace en su corazón una pasión por la química, pero sobre todo por aquella relacionada con los alimentos. A temprana edad dejó su ciudad natal para alzar su vuelo y cumplir uno de sus sueños dorados: ir a la universidad y estudiar lo que siempre había imaginado.

Siempre con disciplina y esfuerzo, su mejor lugar era la biblioteca; allí pasaba horas y horas. Era en ese espacio donde se gestaba la semilla del conocimiento que un día iba a dar sus frutos. Los aromas a vainilla, a madera y a almendro eran un deleite al entrar cada día en ese lugar donde los libros y ella eran amigos.

Aplicada en su quehacer, le surgió la oportunidad de dar laboratorios en dos facultades: una era la de Química y otra la de Biología. Siguiendo sus anhelos, optó por los laboratorios de Química y fue allí donde comenzó la aventura de enseñar y aprender.

Al paso del tiempo llegó el momento de realizar su pasantía para poder egresar de su carrera, y se le dio la oportunidad de hacerla en una de las universidades más prestigiosas de su país, así como de Latinoamérica. Fue allí donde aplicó las herramientas enseñadas en su facultad y también aprendió otras técnicas.

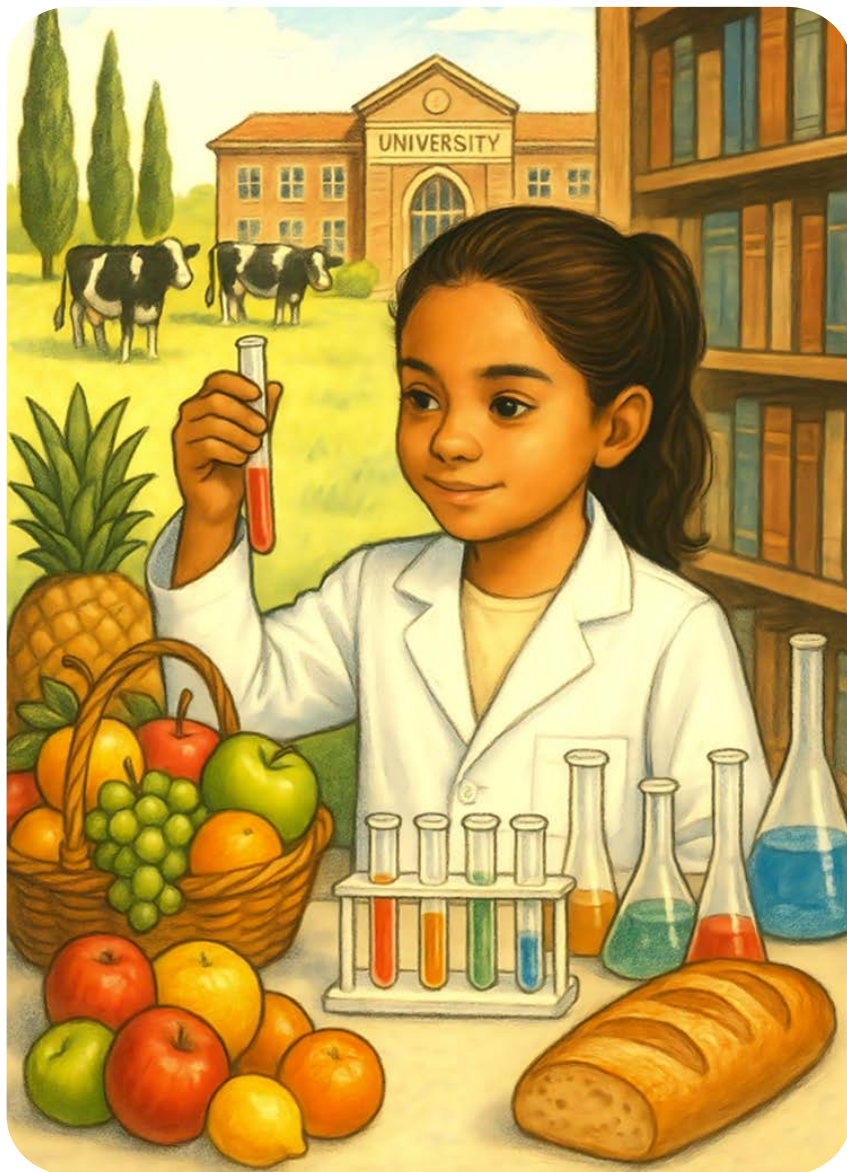
Fue hermoso ver cómo la química y el agro se fusionaban; una experiencia inolvidable al descubrir cómo, a partir de materias primas del campo que pasaban por laboratorios de producción, se obtenían alimentos de calidad.

Desde pequeña soñaba con mezclar ingredientes como si fueran magia y descubrir secretos escondidos en la comida.

Le encantaba investigar, probar cosas nuevas y no tenía miedo de equivocarse. Aunque muchas veces le decían que ese mundo era solo para los grandes o para los hombres, ella nunca se rindió.

En su diccionario no existe la palabra jamás. Con el paso del tiempo fue creciendo su amor por la ciencia y la cocina, dos mundos que parecían distintos pero que en su corazón se unieron como uno solo. Poco a poco fue abriéndose camino, demostrando que, con pasión, esfuerzo y curiosidad, todo es posible.

Hoy sueña con seguir cambiando las cosas, ayudando a que los alimentos de su país sean cada vez mejores y más saludables. Y lo hará, porque cuando alguien ama lo que hace puede transformar el mundo.



"Cada niña que sueña con descubrir el mundo lleva dentro una científica en potencia. Este libro es una brújula hacia ese destino."

Comité editorial de OWSD

Este libro es más que una colección de cuentos; es una ventana a las vidas extraordinarias de las científicas de OWSD, que con pasión y perseverancia están marcando la diferencia.

A través de estos relatos, escritos por ellas mismas, estas mujeres no solo comparten sus desafíos y triunfos, sino que también se convierten en faros de esperanza y ejemplos vivos de lo que las guatemaltecas y hondureñas son capaces de lograr.

Fruto de un taller de escritura creativa y con ilustraciones generadas en su mayoría por Inteligencia Artificial, este segundo volumen ha sido posible gracias al apoyo de Biochemical Society's Diversity in Science Grants.

Nuestro horizonte es ambicioso: compilar 365 cuentos STEM que no solo celebren el ingenio y la contribución de las científicas centroamericanas, sino que también motiven a las nuevas generaciones a explorar el vasto mundo de la ciencia y la tecnología.

Con cada historia, aspiramos a encender una chispa de curiosidad y admiración en los corazones de la juventud de Centroamérica, presentándoles modelos a seguir que demuestran que en la ciencia, como en la vida, no hay sueños demasiado grandes.

